

Manuel Vega

Jacques Bainville, historiador francés

I



El escritor, a quien evoco en estas líneas, es y ha sido una de las más grandes inteligencias de la Francia contemporánea. Su acción se ha ejercido en el dominio de las letras, de la crítica literaria, de la novela y el cuento filosófico y de la política, en el sentido más noble de esta expresión. La popularidad de que gozaba Jacques Bainville en los medios intelectuales de Francia y de Europa—y aun de la América latina—indican bien que nos encontramos en presencia de un hombre extraordinario, de aquellos que raramente aparecen en el curso de los siglos.

Al hablar de Bainville, sería injusto no decir algunas palabras sobre sus compañeros de lucha: Charles Maurras y León Daudet, el último de los cuales afirma que la amistad consiste en «querer las mismas cosas y en no querer las mismas cosas» (*Vouloir les memes choses; ne pas vouloir les memes choses*). Tal es la amistad, perfecta, tejida de esperanzas y sacrificios, que ha unido a estos tres hombres.



II

Hasta enero de 1936, el lector de «La Acción Francesa», encontraba en su primera página estas tres grandes firmas: Daudet, Bainville y Maurras. Se ha dicho de los dos primeros que son periodistas y tienden al ensayo, y del último que es un ensayista convertido voluntariamente en glosador de actualidad. No pretendo ahora establecer la relación que existe, o puede existir, entre el ensayo y el artículo de prensa. Es un capítulo de crítica literaria. Quiero señalar apenas las características de esta trilogía del pensamiento francés, luchadores magníficos de la idea monárquica.

El mundo conoce a León Daudet como polemista y admira o rechaza la violencia de sus invectivas. Es una imagen incompleta. El autor de «El estúpido siglo XIX» es un humanista, de insaciable curiosidad intelectual y de una potencia regular de trabajo que causa asombro. Pasan los años y el ardor combativo del polemista no disminuye. Su estilo es como la imagen misma de su temperamento: un torrente que arroja lava y a veces hasta materias incandescentes. Rico y prodigioso estilo: nutrido en clásicas disciplinas, de Montaigne a Rabelais, flexible y vibrante, saturado de neologismos que el escritor se complace en crear, lleno de vida, de color y movimiento. Esta prosa fulgurante estalla en las primeras columnas del periódico, donde los hombres más representativos de la Tercera República son fustigados sin ninguna piedad. Confiesa León Daudet que sus artículos de polémica cotidiana son tan necesarios, al equilibrio de su salud, como el vino de Anjou que bebe con delicia.

El tema varía cada mañana. Puede ser literario, artístico, político, hablar de medicina o de filosofía, siempre con profunda versación, pero sin abandonar jamás su cólera antidemocrática ni sus terribles sarcasmos contra los políticos del régimen. Resulta impresionante la reacción del hombre frente a la hora

que pasa. Feroz hoy día, sonriente mañana, casi tierna cuando evoca recuerdos de su vida, fieramente desdeñosa al referirse a determinados adversarios. Escribe Daudet en un país donde se conserva el culto por la libertad de expresión y el periodista usa de ella con absoluta franqueza. Pero, a través de su fuego doctrinario y de sus impulsos casi insultantes, domina el artista, se impone el hombre de letras, cercano al genio en muchas de sus complejas manifestaciones.

Charles Maurras es el filósofo político del nacionalismo integral y el conductor del nacionalismo occidental. Los ejemplos de Mussolini en Italia, Oliveira Salazar en Portugal, y de León Degrelle en Bélgica, ilustran y comprueban las enseñanzas de Maurras. Defensor y conservador de la ciudad, en el sentido clásico del término, la idea del orden lo obsesiona. Y para servirlo, tal como él lo entiende, todo lo ha sacrificado en esta vida: hasta su tranquilidad personal en el último tiempo. Su artículo es el más extenso de aquella quemante primera página de «La Acción Francesa», tal como el de Bainville era el más breve. Comprende tres o cuatro columnas, divididas en capítulos que facilitan enormemente su lectura y se publican bajo el título genérico de «La Politique». Desde allí, Maurras impone su criterio y suele aún ser escuchado por los mismos políticos a quienes combate.

En sus líneas generales, esta crónica representa una doble visión panorámica: de la situación interna de Francia y de los acontecimientos que se suceden en el campo internacional. Todo gira en torno de la política—*politique d'abord*, exclama Maurras con firmeza—y es una altiva y constante vigilancia la que el pensador ejerce desde esta sección que, noche a noche, redacta en la imprenta misma de su periódico. Tampoco faltan en ella las reflexiones filosóficas, las notas críticas y literarias, el adiós emocionado al colega o amigo que se va, la advertencia tremenda al gobernante débil o incapaz. Hay momentos en que su pluma se enardece y entonces Maurras, con soberana energía,

golpea sobre las falsas ideas y maltrata a los pseudo-personajes. Y todo esto expresado en rica y pura lengua francesa, en ese estilo que es modelo de redacción literaria y donde el hombre más exigente encuentra satisfacción en el goce estético.

Puede decirse que toda la obra periodística de Maurras converge absoluta y totalmente hacia la crítica necesaria y fecunda de los errores humanos, hacia el restablecimiento de la verdad desconocida, hacia la imposición de las normas de salud pública olvidadas. Este poeta, aprisionado por las urgentes labores del periodismo de batalla, es el heroico rectificador de nuestra época. ¡Cuántas nubes no ha disipado Charles Maurras! Mientras todo vacila en torno suyo, el escritor conserva y afirma su fe en las ideas que sustenta. Sordo, sin que los ruidos externos alcancen a perturbar la honda y sublime armonía de sus «música interior»—título de un conjunto de poemas suyos—ajeno a todas las pequeñas pasiones que agitan al resto de los hombres, solo la pasión intelectual vibra en su espíritu, solo el amor por la verdad y la belleza sacude su alma de acero y torna más viva la irradiación magnética de su personalidad. Gran parte de la juventud francesa y europea adora a este hombre, lo reconoce como jefe y lo sigue con vehemencia. Sus partidarios le obedecen con una lealtad que emociona, con una abnegación que no parece de nuestro tiempo. Cada orden suya se cumple irremisiblemente, al pie de la letra. Dijérase que el poder espiritual del escritor no reconoce límites y no cede ante ninguno de los otros poderes establecidos en su país.

Esta trilogía—Daudet, Maurras, Bainville—se deshizo a comienzos de este año, por la muerte del historiador. Ahora mismo, Charles Maurras está preso. León Daudet, ausente un compañero, muerto el otro, sigue imperturbable en la lucha terrible. No cesan sus disparos desde la cálida atmósfera de «La Acción Francesa», trinchera inexpugnable para la República, donde los colaboradores en la tarea común forman una sólida familia, fuerte, audaz, dispuesta siempre a todos los sacrificios.

El ideal, en nuestros días inquietos y utilitarios, no tiene tal vez representantes más excelsos y es su antorcha, llama viva, la que estos hombres se transmiten como el atleta legendario en los torneos de la antigüedad.

III

Jacques Bainville pertenecía a una familia de vieja tradición republicana, de origen lorenés y que, a fines del siglo XVIII, ya figuraba en la burguesía francesa. Parisiense de alma y temperamento, puede decirse que nació en la capital, porque vió la luz en el histórico pueblo de Vincennes—cercano a París—que se enorgullece de haber poseído uno de los primeros castillos de la familia real: la rama capeta. En el hogar de sus padres, la lectura cotidiana de «Le Temps» era un rito hereditario. Alumno brillante del Liceo Enrique IV, la influencia liberal, teñida de radicalismo, de su cuerpo de profesores, no imprimiría huellas profundas en la mentalidad del estudiante. Por el contrario. Desde joven, tuvo Bainville el buen gusto de pensar por sí mismo, de buscar en la reflexión personal su propio camino, esa ruta que no todos encuentran para sus inquietudes y ensueños intelectuales.

De algunos compañeros suyos, tenemos amables imágenes de su vida en el liceo. Lucién Corpechot, maestro y decano de periodistas, oía hablar constantemente a sus hermanos menores del «pequeño Bainville» que, en 1889, ya despertaba la atención de sus camaradas y maestros, por lo precoz de su inteligencia y su poderosa facultad de asimilación. Corpechot, alumno del mismo colegio, no resistió a la curiosidad de conocer a Bainville y un buen día sus hermanos se lo presentaron. Quedó sorprendido. Era—dice—«un muchachito delgado, sencillo, con el rostro cubierto por una bufanda y unos ojos profundos y soñadores». A pesar de que una ligera melancolía se transparentaba en su rostro, había entusiasmos en aquella alma juvenil. Georges

Grappe, crítico y poeta y su compañero de estudios, recuerda que el futuro autor de la «Historia de Francia», a los diecisiete años, veneraba a Sainte-Beuve y hablaba con calor de la estatua que, a su juicio, debía elevarse al padre de la crítica literaria moderna. Bainville escogía, entretanto sus primeros maestros, sus primeros guías intelectuales, y los escogía bien: Sainte-Beuve en el orden literario y el juego del análisis; Taine y Balzac, en materias sociales y políticas. Particularmente, estos últimos escritores contribuirán a la rápida evolución de sus ideas, que se hizo sensible al volver de su primer viaje al exterior.

Fué aquella una evolución radical.

Durante dos o tres años, el joven Bainville pasaría sus vacaciones al otro lado del Rin, en alguno de esos pueblecitos donde la tradición germana, y también romántica, aun no había muerto. Ya la eterna Alemania comenzaba a absorber todas sus preocupaciones. Quería penetrar, amplia y profundamente, el secreto de ese pueblo, lírico y guerrero, romántico y realista, que nunca ha logrado entenderse con el suyo, es decir, con el pueblo francés. Y de Alemania traería el escritor su primer libro, publicado antes de los veinte años: una vida de Louis II de Baviera, el monarca artista y amigo de Wagner. La existencia idealista de aquel soberano y sus delirios de grandeza, los considera Bainville con serenidad, casi diríamos con sangre fría; pero también —por qué no decirlo— con cierta ternura... No hay exaltación en sus juicios, moderados y certeros. Minerva, la diosa griega de la razón, guía ya y guiará en adelante las reflexiones de Bainville. En una palabra, su inteligencia era un ejemplo vivo del clasicismo francés.

Y «Luis II de Baviera» se lee con el mismo interés de una novela, por el encanto y la maestría del estilo, por el método fino y riguroso, por la atrayente sabiduría con que el escritor desarrolla su análisis y llega a conclusiones profundas. De golpe, descubre Jacques Bainville el «veneno romántico» y el peligro de las ideas revolucionarias. El libro que parece una novela, es «un sólido

libro de historia». Y contiene, además, una profesión de fe. La adhesión de su autor a la monarquía tradicional, francesa, anti-parlamentaria y corporativa, data de aquella fecha.

En el viejo «Café de Flore», no muy lejos del Barrio Latino, se reúnen los monárquicos a comienzos del siglo. Allí conoce Jacques Bainville a Charles Maurras. Tampoco el filósofo del nacionalismo integral descende de una familia monárquica y su caso, examinado a la luz de los antecedentes que el mismo nos suministra en sus recuerdos políticos, resulta mucho más complicado que el de Bainville. Sin embargo, ¡qué estrecha y profunda unión, ideológica y fraternal, sobre los males que dividen a Francia, iba a tejerse entre aquellos dos grandes espíritus! ¡Qué diálogo, sobre las cimas del pensamiento, desarrollarían a través de treinta años de lucha, Charles Maurras y Jacques Bainville! Refiriéndose a Maurras, Bainville se complacía en repetir: «Todo se lo debo, menos la vida». Y en febrero de 1936, el conductor y jefe de «La Acción Francesa» experimentaría el inmenso dolor de ver morir al más querido de sus discípulos.

Fundada «La Acción Francesa»—revista primero, periódico más tarde—Jacques Bainville entró naturalmente a formar parte de su redacción. Convertíase el historiador en un periodista incomparable. Al pasar sucesivamente por todas las secciones o «rúbricas» del diario—política extranjera, crónica parlamentaria, economía política, crítica literaria—demostró su maestría para tratar, sin esfuerzo, los temas más variados. Y a la pluralidad de sus facultades correspondía una potencia de trabajo, que sólo la muerte logró detener. Había ordenado su tiempo maravillosamente, casi con matemática exactitud, y a ello se debe la inmensa obra que alcanzó a realizar, y que no parece la obra de un solo hombre, sino la obra de varios hombres. Dos o tres artículos por día, breves, claros, pero henchidos de infinitas sugerencias, un libro por año, cada vez más perfecto, y luego, la lectura atenta, minuciosa, de todo aquello que

pudiera serle útil en su tarea: una documentación prolija y enorme: tal sería y tal es la rica herencia dejada por este gran trabajador al patrimonio glorioso de las letras francesas.

¡Poseía las virtudes de su raza, y supo hacer honor a ellas!

IV

En el destino de los hombres, hay muchas sorpresas. La historia que, según propia confesión, le desagradaba y lo aburría en el colegio, ha sido el rayo de luz que condujo a Jacques Bainville a la gloria. Al primer libro, seguirían luego algunos otros. «Bismarck y la Francia». En esta obra, inspirada en las Memorias del Príncipe de Hohenlohe, Bainville considera al Canciller de Hierro como el artífice de la unidad alemana y el destructor del orden clásico francés; el «Pequeño Museo Germánico», conjunto de retratos críticos y literarios de personajes alemanes y de impresiones de viaje por tierras del Rin, casi inencontrable hoy día. «La historia de ambos pueblos» publicada en el segundo año de la Gran Guerra; y la «Historia de las tres generaciones», aparecida un mes antes del armisticio. Todos estos libros tienen algo de común. Miran, en el fondo, al problema fundamental para los destinos europeos: las relaciones franco-alemanas. Jacques Bainville no deja de observar—y también no deja de inquietarle—el imperio creado por Bismarck. A través de libros y periódicos, de artistas y pensadores y de impresiones directas, busca el historiador la psicología del pueblo germano, a fin de establecer cuál es el mecanismo más eficiente para que el equilibrio europeo no se rompa. Su punto de vista es constante. Para mantener la paz en el continente, Bainville quería que se volviese al antiguo sistema de las alianzas defensivas y al juego del equilibrio entre las potencias. Este equilibrio, como todo hecho contemporáneo, ofrece también incertidumbres y es imperfecto. Su buen éxito depende, pues, de la habilidad y de las condiciones diplomáticas de los hombres de Estado.

Volvamos al historiador. Su visión de Alemania, objetiva y profunda, era inseparable del porvenir de su país y, en cierto sentido, del porvenir de la civilización europea. El incidente de Agadir le daría tema para una nueva obra. En ella anuncia la Gran Guerra de 1914 y en sus páginas pueden leerse estas proféticas palabras: «El mundo, tal como ahora se presenta, se parece muy poco a lo que debería ser según los cálculos y las profecías de los filósofos políticos del siglo XIX. Las ideas democráticas han perdido su atractivo. El liberalismo, después de haber apasionado a Europa, no ha dejado de disminuir... Los pueblos, tal como lo previó Augusto Comte, comienzan a creer que la felicidad humana ya no depende del ejercicio de los derechos políticos».

Escritas estas líneas en 1913, pintan en realidad el malestar contemporáneo, debido en parte a los absurdos principios de 1789; pintan sin duda la grave crisis que en esta hora atormenta a casi todos los pueblos de la tierra. En alto grado poseía el historiador el instinto del futuro, la visión de un verdadero hombre de Estado, a quien los acontecimientos no cogen de sorpresa. Desde sus días del colegio hasta el diluvio de sangre de 1914, vemos al historiador empeñado en desentrañar el secreto del pueblo alemán, a fin de orientar a sus conciudadanos en los días venideros. Quiere evitar la catástrofe y sus advertencias se multiplican. Pero la catástrofe llega.

Durante la Gran Guerra, y por consejos de Poincaré y de Deschanel, el gobierno de la República, a pesar de las ideas monárquicas de Bainville, decide utilizar sus servicios, su competencia en los asuntos externos. Lo envía a Rusia, en la única misión diplomática que desempeñó en su vida. El escritor, en su discurso de la Academia, se preciaba de no haber tenido cargos oficiales. Producto de aquel viaje fué un pequeño libro intitolado «Cuatro meses en Rusia durante la guerra»; pero sus obras capitales de este período son «Italia y la guerra», publicada en 1916—donde anuncia el maravilloso resurgimiento de

aquella nación y presente el genio de Mussolini—y «Las consecuencias políticas de la paz» que aparece en 1920. Esta última es la más firme y lúcida requisitoria contra los errores contenidos en el tratado de Versalles, en el «mal tratado», como dice Maurras. Y todas las previsiones del historiador se cumplen exactamente en corto tiempo. En poco más de diez años, los comentaristas de política internacional han podido comprobar que Bainville tenía toda la razón. Escuchemos su juicio: «El tratado «de Versalles no es un tratado político», exclama el historiador. Contienen sus cláusulas, «una paz demasiado suave para lo que «tiene de dura: en cuanto nos fué conocido, dimos esta definición. Se verá que es justa y que ha resistido a la experiencia. «El tratado despoja de todo a la Alemania, menos de lo principal, el poder político, generador de todos los otros. Cree suprimir los medios perjudiciales que Alemania poseía en 1914. «Le acuerda el primero de estos medios, aquél que le permitirá «reconstruir los otros, el Estado, un Estado central que dispone «de los recursos y de la fuerza de 60 millones de seres humanos, «que estarán al servicio de sus pasiones».

Este juicio puede parecer demasiado severo. Se justifica, sin embargo, por las consecuencias que Bainville señala más adelante: «Todo está dispuesto para hacer sentir a esos sesenta millones de hombres que ellos sufren en común, indivisiblemente, «una suerte penosa. Todo está dispuesto para darles la idea y la «facultad de liberarse de su suerte, y las trabas mismas les servirán de estimulantes».

¿Será preciso preguntar, después de estas líneas, cuáles son las cláusulas que permanecen del tratado de Versalles? Dos sentimientos contradictorios suelen animar al hombre previsor: de satisfacción, cuando sus advertencias se cumplen exactamente; y también de melancolía, porque es doloroso tener razón contra su país. Era el caso de Jacques Bainville.

Vienen, por fin, sus grandes libros, lo que podríamos llamar el período clásico en la carrera del escritor: la «Historia de

Francia», «Napoleón», «La Tercera República» y esos «Dictadores», escritos en el umbral mismo de la muerte y que han sido tan diversamente comentados. El destino de su pueblo lo cuenta Bainville, en admirable síntesis, con la facilidad de quien refiere la historia de una familia. Francia es, para él, un ser vivo. En 572 páginas, conduce a sus lectores desde la época de Vercingetorix, desde la Galia Romana hasta la ocupación del Rin, después de la Gran Guerra. Y diríase que lo lleva de la mano para exponerle y explicarle, en lógico encadenamiento, los sucesos que integran la historia de Francia. El lector queda encantado: agradece la claridad del expositor y admira la penetración del juez. No procede Jacques Bainville con espíritu preconcebido, pero tampoco abandona su libertad para juzgar los acontecimientos por sus resultados. Escribe Bainville: «Com-
« parando nuestra condición a la de nuestros antepasados, te-
« nemos que confesar que el pueblo francés debe sentirse feliz
« cuando vive en paz y en orden, cuando no es invadido o de-
« vastado, cuando escapa a las guerras de destrucción, y a esas
« guerras civiles, no menos terribles, que en el curso de los siglos
« no nos han faltado. Esta concepción de la historia—agrega
« más adelante—es simple. Es la concepción del buen sentido».

Jacques Bainville considera a Napoleón bajo dos aspectos: como gobernante y como artista. Hasta le da el título de hombre de letras y dice que su extraordinaria sensibilidad percibía claramente lo frágil de su destino. Hijo directo de la Revolución, detiene el desorden; pero, para conservar las conquistas que la Revolución ha realizado, derrama torrentes de sangre por Europa y crea el desorden exterior. Todo el drama napoleónico parece explicarlo Bainville por esa fatal trasgresión de los límites naturales de Francia, por ese dominio de Bélgica que obsesiona al Emperador. Su juicio sobre el Gran Corso no es benévolo, aunque el hombre le atrae y lo admira. «Salvo para las letras y para el arte»—dice Bainville—habría «sido mejor que Napoleón no existiera». Sin embargo, hay una página suya,

muy hermosa y hasta simpática para Bonaparte, que no resistimos a la tentación de citar: «Imaginativo, poderoso creador de
« imágenes, poeta, sentía como los siglos huyen. Las Cases le
« preguntó por qué con el despertador de Potsdam no llevaba
« consigo a Santa Elena la espada de Federico. Tenía la mía,
« respondió, tirando de la oreja a su biógrafo con esa sonrisa en
« la que ponía tanta seducción. No ignoraba que había eclipsa-
« do el gran Federico en la imaginación de los pueblos, que su
« historia se repetiría, que veríamos su retrato en todas partes
« y su nombre en muchas insignias hasta que fuese el mismo
« reemplazado por otro héroe. Ese héroe aun no se presenta.
« El aventurero fabuloso, el emperador de rostro romano, el
« Dios de las batallas, el hombre que enseña a los hombres que
« todo puede suceder y que las posibilidades son infinitas, el
« demiurgo, político y guerrero, permanece único en su género.
« Para el desarrollo de la humanidad, tal vez en el transcurso
« de los tiempos, Ampère lo sobrepase. Tal vez la era napoleónica
« sea apenas un breve episodio de la época que llamaremos de la
« electricidad. Tal vez, en fin, surgido en una isla del Levante,
« para extinguirse en una isla del Poniente, Napoleón sólo ha de
« ser una de las figuras del mito solar. Inmediatamente después
« de su muerte, las hipótesis nacían en torno suyo. Nadie ni
« nada escapa al polvo. Napoleón Bonaparte no tiene protec-
« ción contra el olvido. Sin embargo, después de cien años, el
« prestigio de su nombre está intacto, y su aptitud para sobre-
« vivir es tan extraordinaria como lo fué su aptitud para reinar.
« Cuando salía de Malmaison para Rochefort antes de entregarse
« a sus enemigos, dejaba lentamente, con pesar, sus recuerdos y
« la escena del mundo. Se alejaría de las memorias humanas con
« la misma lentitud y aun se escuchan a través de los años, a
« través de las revoluciones, a través de los más extraños ru-
« mores, los pasos del Emperador, que descende por el otro
« lado de la tierra y gana los horizontes nuevos».

Se ha dicho mucho que el estilo de Bainville, por su claridad

y su elegancia, recuerda al de Voltaire; pero, en este caso, en la página citada más arriba, tal vez sería más justo compararlo con el de Renán, por la música de ciertos periodos.

Cuántos retratos se han hecho y se harán todavía de Napoleón. Si Ludwig dramatiza su existencia y Octave Aubry nos evoca su tragedia, Jacques Bainville lo enfoca desde un punto de vista exclusivamente político para explicarnos su obra, para decirnos cómo y por qué Bonaparte hizo tales o cuales cosas. Es su norma de historiador: se detiene en las causas y luego precisa las consecuencias.

«La Tercera República», visión serena de un régimen que el escritor no admira, debe considerarse como la continuación de su «Historia de Francia» y su panorama de los dictadores de todos los tiempos, desde Solón hasta Hitler, sin olvidar a los dictadores sudamericanos, sólo pretende ofrecer al pueblo francés las diversas fases que la dictadura ha tenido y por qué el dictador es siempre el efecto de una ley o de una necesidad.

Analícemos brevemente el método histórico del escritor, para acercarnos en seguida, también en rápida visión, a la verdad íntima del hombre.

V

Jacques Bainville ha renovado un género literario: la historia política o, si se quiere, la política extraída de la historia. Expone los hechos, explica su mecanismo y nos entrega su psicología. Su obra, en este sentido, recuerda la de los grandes publicistas del siglo XVII. De ahí que su mayor preocupación consista en atrapar el hilo conductor de los sucesos, en seguir esas grandes corrientes intelectuales que no todos perciben y de las cuales dependen tantas circunstancias. Las ideas se imponen siempre a una élite, a un grupo reducido, y luego determinan los movimientos de la colectividad. Son esos movimientos los que interesan al historiador.

Y no es fácil, a juicio de Bainville, coger ese hilo conductor, en medio del caos de los hechos, y la tarea se complica enormemente a medida que el historiador se aproxima a su propio tiempo. Entran entonces en juego las ideas, las pasiones, los sentimientos y hasta los prejuicios de autor y de su generación. «En nosotros mismos,—observa el escritor—es donde vemos con menos claridad». Nada más exacto. No en balde, desde las épocas más remotas, el filósofo recomendaba: «Conócete a ti mismo». Y el historiador francés agrega: «Estamos ligados unos a otros y no podemos «liberarnos de esta ley de dependencia».

En realidad, las épocas y las generaciones se suceden estrechamente unidas. Cuando la nueva etapa se inicia, la precedente no ha finalizado aún. Tal es la ley de la continuidad. Los períodos históricos no comienzan ni terminan en un punto preciso, en determinada fecha, tal como lo quieren esos manuales históricos, atiborrados de simples datos, y esos historiadores que olvidan lo esencial: la comprensión de los sucesos. Se justifica, pues, la poca inclinación de Bainville para situar en el tiempo los fenómenos históricos determinantes o visibles. En sus libros, apenas se encuentran los detalles esenciales: pocas fechas, no muchos nombres. No quiere esto decir que desdeñe el estudio de las llamadas fuentes históricas. Nadie como él, ha sabido utilizarlas con más provecho y mayor probidad intelectual. «Una de sus grandes condiciones, según su colega Pierre Gaxotte—el historiador de la Revolución Francesa y del Siglo de Luis XV,—era esa infatigable curiosidad de las causas que transmite a toda la obra de Bainville un carácter maravillosamente explicativo». Sencilla y profunda fué su divisa: «Nuestro fin es sólo comprender».

¿Debemos considerar a Jacques Bainville como un historiador imparcial? No. Ni siquiera pretendió serlo. Buscaba las causas para establecer las consecuencias y señalar, por fin, los errores cometidos. Además, la imparcialidad es un mito, no existe,

Toda persona que piensa está obligada a tener una opinión y debe manifestarla o defenderla. Ahora bien, ciertas causas producen generalmente, bajo apariencias diversas, los mismos efectos, siempre que sean iguales o equivalentes los varios factores que intervienen en el proceso histórico. Era un determinista lógico, original, Jacques Bainville. Otros autores, sostienen que los mismos fenómenos no se repiten jamás y hay quienes aseguran todavía que las lecciones del pasado son inútiles. George Duhamel, en su reciente discurso de incorporación a la Academia, reprocha a la historia la vacilación de sus métodos, la incertidumbre de su documentación, la persistencia de sus errores y vacíos. Paul Valéry va más lejos; no cree en absoluto en su bondad y niega rotundamente la eficacia de su experiencia. ¡Pobre historia—exclama Octave Aubry, el más entusiasta bonapartista de nuestro tiempo—pobre historia, será preciso defenderla un poco! Y la defiende con amor y la define con talento: «La historia es una ciencia penetrada por el arte, una «mezcla singular que, mejor que cualquiera otra forma literaria, debe reflejar el sentimiento de una época y el alma de un «país». Arte, ciencia: Jacques Bainville fué un historiador artista.

¿Se nos permitirá ahora agregar que en las críticas al género surgen muchas semiverdades? Hay ciertas cosas que indudablemente se repiten; pero se repiten con características diversas. En lo profundo del carácter humano, hay algo que permanece y que debe considerarse como causa fundamental; pero hay también algo que varía según los tiempos, los hombres y las naciones. Bainville no olvidó jamás los factores humanos y psicológicos. Era, en realidad, un psicólogo de los pueblos europeos. Por eso consideraba la historia como un arte mayor y como el medio más seguro para verificar, en torno de los hechos, cierta filosofía del hombre, constante bajo todos sus aspectos.

Y este concepto lo inclinaría también a una razonable

conclusión, matizada de cierta ironía. Escribe Bainville: «Puede
« la historia esclarecerse, pero no se la renueva. Tampoco he-
« mos sostenido ninguna tesis. Nos esforzamos en demostrar
« cómo las cosas se producían, cuáles eran sus consecuencias,
« por qué, en un momento determinado, se tomó esta decisión
« y no aquélla. Lo que se descubre al término de este análisis, es
« que no es fácil gobernar a los pueblos, que es difícil fundar y
« conservar un Estado, como el Estado francés, y en definitiva,
« uno manifiesta bastante indulgencia para quienes lo han go-
« bernado».

VI

1935.—Comienza la triste ascensión hacia la inmortalidad. El último año de su vida sería, para Bainville, una apoteosis trágica. Elegido miembro de la Academia Francesa, en reemplazo de Poincaré, esta gloria iba a coincidir con la aparición, en su cuerpo, de ese mal terrible y misterioso del cáncer, y que su colega, en la misma mesa de trabajo de «La Acción Francesa», el doctor León Daudet, considera como un mal irremediable. Lo fué para Bainville. El organismo cedería, poco a poco, ante los avances de la enfermedad; pero no su espíritu ni su potencia de trabajo. Sobre su rostro, que hasta el fin conservó ese aire juvenil de los primeros años, la palidez se acentuaba y la flacura llegaría a límites extremos. Ningún otro signo; jamás una queja en sus labios, ni siquiera una alusión sobre sus dolores íntimos. Fuera de su círculo, el gran público, que seguía al escritor, no se dió cuenta del peligro que lo acechaba. Seguía trabajando, escribiendo, con una energía verdaderamente milagrosa, esa especial energía—según Valéry—que en ciertos hombres está ligada al sentimiento de la obra que realizan y que se mantiene, hasta el fin, independiente de los accidentes del cuerpo. Sus compromisos periodísticos se cumplían sin descanso. Los artículos de Bainville llegaban puntualmente a los periódicos de que era

colaborador: «Candide», «La Nation Belge», «Le Capital», «La Liberté», «Le Petit Parisien», «La Revue Universelle».

Sobrevenían, naturalmente, agudas crisis. La angustia se apoderaba entonces de sus amigos, pero reaccionaba rápidamente y de nuevo la esperanza surgía en el corazón de sus íntimos, particularmente, en el de la admirable mujer que había elegido como compañera y que, en este último año, se convertiría en la amante fiel y cuidadora de su existencia.

Exteriormente nada había cambiado en su vida regular. El jueves 6 de febrero, tres días antes de su muerte, asistió como de costumbre, a la sesión de la Academia y algunas horas más tarde, recibió en su casa a sus amigos. No eran muchos ese día, y se lo hizo notar a su mujer. Le dijo aún que el jueves próximo quería que fuesen más numerosos, y hasta le insinuó la idea de enviar, por correo, algunas invitaciones. Ocho días más tarde sus deseos se cumplían: todo París se congregaba en torno del féretro de Jacques Bainville.

¡La idea del fin inevitable parecía tan extraña a sus preocupaciones! Sólo se esforzaba por no interrumpir la tarea comenzada, y no la interrumpió: el lunes 10 de febrero, al día siguiente de su muerte, «L'Eclair de Montpellier» publicaba el último artículo salido de su pluma, escrito momentos antes que la agonía comenzara. Hemos visto una reproducción en facsímil de aquellas hojas originales. No hay vacilación en la letra, y las líneas tienden a subir, lo que los grafólogos interpretan corrientemente como una manifestación de optimismo...

«Las alianzas peligrosas» se llama ese artículo, que puede considerarse como su testamento político. Era el último servicio que, en vida, prestaría a Francia. Una vez más, la advertía de los peligros que podrían presentarse si se ratificaba el pacto franco-soviético, generador de intrigas y disturbios europeos. La energía del luchador sólo puede compararse con el pudor de su alma y lo reservado de su temperamento, con ese enigma de su espíritu clarividente, que no es fácil descifrar. Con toda razón

y belleza, Jacques Bardoux, miembro del Instituto de Francia, ha podido decir de Jacques Bainville:

«Tuvo todos los corajes. Coraje del hombre político, que
« sabe remar contra la corriente y se mantiene fiel a los preten-
« dientes desterrados. Coraje del historiador, que, para ser com-
« prendido en el siglo de la rapidez, aligera y condensa su re-
« lato. Coraje del productor que, en jornadas demasiado breves,
« llega a escribir varios artículos y un libro. Coraje del hombre
« herido, que prescindió de la muerte. Hasta que una tarde cayó
« sobre su mesa de trabajo como esos campesinos de mi tierra,
« encontrados muertos, con la cabeza en la cavidad del surco
« interrumpido».